

Victoria Ocampo

*Nora Pasternac**

"... la superbe Argentine..."

(André Malraux)

*"Esta Mona Lisa me ha comprendido
por completo, hasta las raíces"*

(José Ortega y Gasset)

Al cumplirse 35 años de la publicación de la revista *Sur*, Victoria Ocampo escribe:

Como ya he repetido hasta el cansancio, pesó más que todo en la balanza un acontecimiento fortuito: la llegada del norteamericano Waldo Frank (el autor de *España Virgen*) a Buenos Aires, en gira de conferencias, y mi encuentro con él y con quien traducía las conferencias del nuevo amigo. El

traductor argentino de 25 años, era autor de un libro de cuentos y redactor de *La Nación*: Eduardo Mallea. Tanto Frank como su traductor decretaron que una revista tenía que nacer de nuestro encuentro [...]

Agregaré, (aunque Ortega aconsejaba que nunca se subrayara lo obvio) que yo era una autodidacta. La educación que se les daba a las mujeres en mi juventud (reinaban en la Argentina los prejuicios victorianos, más los españo-



IZTAPALAPA 37

JULIO-DICIEMBRE DE 1995, pp. 11-24

* Profesora de tiempo completo en el Instituto Tecnológico Autónomo de México.

les) era sumamente pobre [...] cuando empezó la aventura de *Sur* yo ya había publicado, tímidamente, en *La Nación*, algunos artículos. Pero estos "ensayos" en nada justificaban que tomara las riendas de una revista [...] Hojeando un día el Diccionario de la Academia (lectura que tanto me recomendaba Ricardo Baeza, pues soñaba con que yo adquiriera un vocabulario decente [...] di por casualidad con el vocablo "mula" [...] Doy por sentado que Waldo Frank y Eduardo Mallea, sin comunicármelo, sospecharon que yo pertenecía a esta raza subalterna de cuadrúpedos [...] Ésa es por lo menos mi interpretación del nacimiento de SUR y de mi participación en él. No puede haber una más certera por aquello de que "de hombre es errar, de bestia perseverar en el error". Si Waldo Frank y Mallea cometieron un error al elegirme, yo lo agravé perseverando. Alguna vislumbre de mi calidad de mula tuvo también el Conde de Keyserling, puesto que en una carta del 25 de febrero de 1939 me escribía desde su Darmstadt: "Sí. Lo recuerdo ahora. Creo que usted nació de tarde. Un siete de abril. Por mis cálculos es usted Aries y Capricornio. Un tesón de primera".

Ésta, por consiguiente, es la historia verídica aunque abreviada de una revista y de una editorial, contada por una mula solitaria. El decir solitaria no implica una negación o desconocimiento de la gran ayuda recibida. Y si no temiera ser mal interpretada, afirmarí que mucho le debo a algunos caballos.¹

He citado *in extenso* a Victoria Ocampo, porque su resumen tiene la ventaja, sobre los otros numerosos testimonios, tanto de ella como de diversos colaboradores y allegados a la revista, de abarcar en unos párrafos a los personajes principales y los

temas de este trabajo. Es decir: a la vez el origen y la formación de la fundadora y la fundación de la revista *Sur*, elementos inseparables de varias historias y de muchas leyendas.² Victoria Ocampo (1890-1979) nació en el seno de una rica familia de la alta burguesía argentina. En el primer tomo de su autobiografía³ evoca con mucho sabor los primeros años de su infancia. Tal como se acostumbraba a fines del siglo XIX, las niñas de las grandes familias tradicionales no acudían a la escuela sino que recibían las enseñanzas de profesores particulares. Luego se llevaba a cabo el primer viaje a Europa, que duraba meses y hasta varios años, y que se hacía como una expedición a tierras más o menos peligrosas y extrañas:

Cuando llegábamos a un hotel, en viaje por Europa, mi madre desinfectaba con alcohol los lavatorios, tinas, bidet, de los baños, antes de que los usáramos. Poco importaba que el hotel fuera, como era, de primera categoría. La categoría de nuestra limpieza e higiene superaba siempre la del hotel.

En nuestro primer y segundo viaje a Europa, nos embarcamos con vacas (dos) y gallinas (varias). Y sábanas.⁴

En ese primer viaje, realizado en 1896, Victoria Ocampo aprende el francés "sin saber cómo", con una institutriz.

Así como el detalle pintoresco de llevar las vacas para el viaje a Europa, el hecho de conocer el francés (o el inglés) antes que el español, fue un lugar común (y un símbolo) en la historia de la alta burguesía argentina. En numerosas ocasiones Victo-

ría Ocampo menciona esta prioridad que estaba llena de consecuencias para sus elecciones culturales futuras: "Hablo mejor francés que español, y me gusta más. ¿Cómo ha pasado?"⁵ O también: "Cualquier intento de escribir en español era un escribir de zurda a quien se le obliga a usar la derecha".⁶

Al volver del primer viaje a Europa, la educación de Victoria Ocampo comienza a hacerse más sistemática, aunque siempre en el interior de la casa familiar. Institutrices y profesores son contratados para cumplir esa tarea.

Lo que se enseñaba a las mujeres en esa época era muy limitado: nociones de aritmética, ortografía; historia sagrada y religión; algo de historia argentina y universal. Era indispensable también que la futura dama de sociedad tocara algún instrumento y tuviera una buena educación musical.

Pero aquello a lo que los padres de Victoria se opusieron con gran firmeza, fue su vocación por el teatro: "El estudio que hubiera seguido por voluntad propia, no me lo permitían: el teatro".⁷ Sólo se le autorizó a que tomara lecciones de dicción con la actriz francesa Marguerite Moreno,⁸ que había llegado a la Argentina en 1908 para representar su repertorio. Marguerite Moreno residió varios años en Buenos Aires montando obras de teatro y realizando trabajos de enseñanza de las técnicas de interpretación teatral, pues había fundado un conservatorio en la capital argentina. De esta manera, Victoria representó papeles y recitó, pero sólo en las fiestas y reuniones de las conocidas familias porteñas.

Más tarde, pudo satisfacer esta vocación y ante un verdadero público, aunque de manera esporádica: en agosto de 1925, Victoria Ocampo representó

el papel de narrador en el oratorio *Le Roi David* de Arthur Honnegger, a pedido del director de orquesta suizo Ernest Ansermet, que dirigió la obra en Buenos Aires. Y en 1936, cuando vino a la Argentina, Stravinsky insistió en que Victoria Ocampo hiciera el recitado en *Perséphone*, compuesto sobre un poema de André Gide; papel que volvió a desempeñar en Florencia, en 1939, también bajo la dirección del maestro ruso.

Al hablar de esa época, ella misma dice: "La educación que se daba a las mujeres era por definición y adrede incompleta, deficiente. 'Si hubiera sido varón, hubiera (*sic*) seguido una carrera', decía mi padre de mí".⁹ Y en numerosas ocasiones, se lamenta por el "tiempo perdido" y por su "ignorancia".

A todas esas dificultades se agregaban otras. Por ejemplo, la censura que la familia ejercía sobre las lecturas y la severa vigilancia a la libertad de las jóvenes de la época.

Para lo primero, la censura de los libros, elijo sólo dos citas, que retrospectivamente escandalizan por su estrechez. La primera corresponde a la infancia de Victoria Ocampo:

Mi prima Clarita, mucho mayor, prima de mi padre, en realidad, nos había regalado unos libros que leía cuando tenía la misma edad que nosotras. Libros de tapas rojas con letras doradas; cuentos de hadas. Noté que al comienzo de varios de esos cuentos habían querido tachar con tinta las palabras sin conseguirlo. Se podía leer todavía: "La reine devint grosse et mit au monde une princesse" (La reina se embarazó y trajo al mundo una princesa).¹⁰

Y esta otra, cuando Victoria tenía ya 19 años:

Yo era una lectora fácil, también voraz y omnívora. Lo malo era que no podía ir a una librería a comprar cualquier libro que me interesara, como hacía Ricardo (Güiraldes). Muchísimos libros estaban en el índice casero. Algunos de manera incomprensible, puesto que no se trataba de pasiones amorosas (tema vedado cuando los amoríos no eran del estilo "Mon oncle et mon curé" y no terminaban en matrimonio). Ejemplo de esta censura sin motivos aparentes fue el secuestro de mi ejemplar de *De Profundis* (Óscar Wilde), encontrado por mi madre debajo de mi colchón.¹¹

En cuanto a la vigilancia sobre sus salidas y amistades, era tan severa que:

No salí jamás a la calle sin *chaperon* antes de casarme. Ni acompañada por mi hermana o primas (ellas tampoco salían solas). *La casa de Bernarda Alba*, que tanto sorprendió a los ingleses cuando asistí a una representación del drama en Londres es, o era, algo fundamentalmente español o hispanoamericano.¹²

Es sobre todo para independizarse de su familia que, tras muchas vacilaciones, decide casarse con un joven de su círculo social, casi sin conocerlo. El matrimonio termina en una catástrofe; al poco tiempo, la pareja vive separada, prácticamente sin dirigirse la palabra.

A pesar de las fuertes presiones que recibía directamente de la censura de su familia, y sin terminar de separarse de su marido, inicia una relación apasionada con otro hombre. Esta relación constituye

un escándalo, y en cierto modo resume una serie de pequeñas y grandes rebeldías, que explican en parte la tenacidad y los éxitos intelectuales de Victoria Ocampo,¹³ en un medio en el que todo la destinaba a ser una efímera reina de sociedad y nada más.

En su infancia, la rebeldía surge sobre todo del cuerpo, cuando nos cuenta con qué dificultades se plegaba al horario y a la inmovilidad que imponían sus institutrices y con qué nostalgia añoraba los juegos al aire libre.

Un poco más tarde, inquieta a sus padres publicando sus primeros artículos y poemas en el diario *La Nación*:

Tanto para una muchacha soltera como para una mujer casada, publicar un artículo —para qué decir un libro— era mirado con malos ojos, como en la época de las Brontë (por lo menos aquí), no había mejor manera de ponerse en la picota. Por consiguiente, ningún padre, se atrevería a deseárselo esa suerte a una hija.¹⁴

A principios de la década de 1920 provocaba la indignación de la sociedad "decente", que la veía pasar conduciendo su Packard último modelo por las calles del centro. Como Buenos Aires era todavía "la gran aldea", "la hemos encontrado a Victoria, manejando de manga corta y sin *chauffeur*", contaban sus tías solteras a la madre de Victoria (¡que ya tenía más de treinta años!).

Pero ni las prohibiciones de su familia, ni la severidad de los tabúes de la época pudieron detener las dos pasiones tempranas de Victoria Ocampo: la de leer y la de escribir. Además, de esa educación refinada pero limitada conservó siempre, junto a su

inseguridad de autodidacta, una voracidad de cultura nunca satisfecha.

Esa voracidad la lleva, en la década de 1920 a 1930, a realizar tareas de mecenazgo y promoción para que algunas personalidades visitaran la Argentina, o incluso se quedaran una larga temporada trabajado en el país. Ella es la principal responsable de la larga y rica relación de Ernest Ansermet¹⁵ con la Argentina. Hasta 1927, Ansermet dirigió regularmente la orquesta sinfónica de Buenos Aires y fue, al mismo tiempo, amigo personal de Victoria Ocampo, su guía y consejero en materia musical y miembro del Consejo de Redacción de la revista *Sur* hasta su muerte, en 1969.

Asimismo, en 1929, Victoria Ocampo fue una de las primeras en inducir a Le Corbusier a que visitara Argentina para dar una serie de conferencias sobre la arquitectura moderna. Incluso logró que Le Corbusier estableciera un plan para la transformación y remodelación de Buenos Aires. Aunque este proyecto, evidentemente, no logró la aceptación de ningún responsable administrativo o gubernamental. Éstas son algunas de las pruebas, entre muchas otras que se podrían citar, de una constante preocupación por la apertura de la cultura argentina hacia el exterior. Estas actitudes, junto con otras que aparecen en su biografía personal y en la historia de su clase social, provocaron las más duras críticas por su carácter "extranjeroizante". Este calificativo constituye uno de los polos de una vieja polémica en el interior de la cultura argentina: la que opone a "nacionalistas" y "europeístas". Estos dos términos recubren una realidad mucho más compleja que dos simples partidos y su desarrollo nos apartaría dema-

siado de nuestro tema. Pero hay que mencionarlo porque desde su aparición la revista *Sur* fue uno de los elementos importantes en la polémica.¹⁶

Los grandes intelectuales de la época con los que entró en contacto ejercieron, en cada momento, una enorme influencia sobre ella; pero a su vez Victoria Ocampo dejó una profunda huella sobre esos personajes; la mayoría de las veces las huellas fueron escritas y hasta en eco, como veremos en el caso del Conde de Keyserling y de Carl Jung.¹⁷

Uno de los primeros que irrumpe en la vida de Victoria Ocampo es Ortega y Gasset, quien llega a la Argentina para una gira de conferencias en 1916. En ese momento su reputación ya estaba establecida en España. Victoria Ocampo no asistió a sus conferencias, pero ambos fueron presentados inmediatamente después.¹⁸ Al principio, ella sólo estaba vagamente interesada en el filósofo español. Pero al conocerlo el encuentro la transformó profundamente. Lo que comenzó a cambiar fueron sobre todo sus prejuicios anti-españoles:

En él descubrí a España. Una España deslumbradora. Ya era tarde para escuchar sus conferencias. El ciclo había terminado. No me conformaba con haberlo perdido. En cambio, tuve ocasión de conversar con Ortega o, más bien, de oírlo conversar. No he vuelto a oír algo semejante. Yo estaba "medusée" (medusada, pero el término no existe en español) por su talento. Lo percibí inmediatamente (aunque él parece no creerlo) [...] "Replegada la persona sobre sí misma", escribe Ortega. ¡Claro hombre! Si después de un rato hubiera querido desaparecer. Yo estaba inhibida por la sorpresa de encontrarme con un ser semejante. Hubiera deseado

meterme en un rincón como una cenicienta, y desde el rincón escucharlo.¹⁹

La relación con Ortega y Gasset fue larga y llena de avatares, incluso de divergencias, pero en enero de 1931, fecha en que aparece el primer número de *Sur*, José Ortega y Gasset es una de las hadas madrinas que se encuentra en la cabecera de la cuna. Incluso es él quien ayuda a bautizar la revista:

No sé, a la hora en que escribo, si conoce ya su nombre. Fue escogido por teléfono, a través del Océano. Por lo visto todo el Atlántico se necesitaba para este bautismo...

Teníamos varios nombres en la cabeza, pero no lográbamos ponernos de acuerdo.

E entonces llamé por teléfono a Ortega, en España. Esas gentes tienen costumbre de bautizarnos... Así, Ortega no vaciló y, entre los nombres enumerados sintió enseguida una preferencia: SUR me gritaba desde Madrid.²⁰

Otro escritor con el que tuvo una intensa relación fue Rabindranath Tagore. En 1914, Victoria Ocampo leyó por primera vez *Gitanjali*, la colección más famosa de poemas de Tagore, en la traducción francesa hecha por André Gide. En este poeta hindú, aunque inspirado por Buda, encontró un espíritu religioso que reemplazó a su abandono del catolicismo ("Mi alejamiento de la Iglesia, como mi miopía, comenzó en mi adolescencia"):

Dios de Tagore, me dije, tú que no quieres cobijarme de nada y a quien no te importa el olvido en que te tengo ¡qué bien me conoces! ¡Dios oculto, que sabes

que siempre lo buscaré! ¡Dios misericordioso que sabes que el único sendero de llegar a él es el sendero de la libertad!²¹

En 1924, Tagore llega a Buenos Aires, en realidad sólo de paso para el Perú, donde había sido invitado a pronunciar unas conferencias. Pero se enferma seriamente y debe permanecer varios meses en la Argentina, por consejo de los médicos que lo atienden. Victoria Ocampo le ofrece una casita en San Isidro, elegante colonia de las afueras de Buenos Aires, donde el poeta, agradecido, se instala.

La relación que se estableció entre ambos fue muy profunda y marcó no sólo a Victoria Ocampo sino también a Tagore. De la "época de San Isidro" quedan en la obra del poeta, poemas, dibujos y recuerdos. Los poemas, en bengalí, fueron reunidos en un libro, *Puravi*, dedicado a Victoria Ocampo; los dibujos fueron exhibidos en una galería parisina en 1930 y de los recuerdos, he aquí una muestra, escrita por el poeta a la víspera de su muerte:

¡Cuánto desearía poder volver a esa tierra extraña donde me espera el mensaje del amor! Los sueños de ayer remontarán vuelo hacia allá y, revoloteando suavemente, volverán a hacer su nido. Los dulces recuerdos devolverán al laúd su perdida melodía... No conocía el idioma de ella, pero lo que me decían sus ojos perdurará para siempre, elocuentes en su angustia.²²

Probablemente impulsada por su deslumbramiento por Tagore a tener un mayor conocimiento de la India, en la década de 1920, Victoria Ocampo sigue con gran interés las vicisitudes de una figura patéti-

ca, de anteojos y vestido con la tradicional túnica blanca, que predicaba la resistencia pacífica y el sacrificio personal, para probar sus convicciones contra el imperio inglés.

La figura de Gandhi, aunque parcialmente contradictoria con la de Tagore, ejerció también sobre Victoria Ocampo una influencia perdurable. Y aunque disentía del nacionalismo extremo de Gandhi y de su concepción de la sexualidad como estrictamente procreativa, admiró siempre los principios de su pacifismo.

La relación con Tagore y Gandhi se prolongó hacia la India más actual: Victoria convirtió a Jawaharlal Nehru en su siguiente lazo espiritual con ese país; lo conoció personalmente y recibió varias invitaciones oficiales para visitarlo.²³

Victoria Ocampo conoció por primera vez, en 1927, un texto del Conde Keyserling,²⁴ en la *Revista de Occidente*, dirigida por Ortega y Gasset. Como era habitual en ella, leyó luego todo lo que pudo encontrar de él. Le impresionó sobre todo un libro titulado *El libro de viajes de un filósofo*, publicado en 1925, en el que Keyserling relataba sus impresiones sobre los contrastes entre las culturas occidental y oriental.

Encontró en él, no sólo muchas de las concepciones que ella misma había adoptado al interesarse por la India, sino también consonancias con lo que pensaba del paisaje americano, o con elementos que tocaban una cuerda especialmente sensible en ella: la curiosidad, la vitalidad y la aspiración a lo espiritual.

Decidió ponerse en contacto con él para invitarlo a la clásica serie de conferencias. Comenzó a partir de allí una relación tragi-cómica, complicada y tor-

mentosa. El Conde era un personaje extravagante e insoportablemente egocéntrico. Interpretó la admiración intelectual de Victoria Ocampo como una declaración de idolatría.²⁵

Finalmente, visitó la Argentina durante unas pocas semanas; un poco más tarde, en 1933, publicó sus impresiones en las *Meditaciones suramericanas*, que son el producto de una visión del mundo superficialmente dicotómica y simplificadora.

Después del corto tiempo pasado en el continente, Keyserling se siente preparado para exponer su teoría sobre nuestro primitivismo y nuestra distancia del espíritu. Sobre esta oposición construye una visión fantástica de la Argentina, que extiende a toda América del Sur, a sus habitantes, y, por supuesto, particularmente a sus mujeres.

Sudamérica es el "Continente del tercer día de la creación".²⁶

Resultado de todo ello es que el paisaje suramericano constituye una reencarnación, todo lo atenuada que se quiera, del equilibrio entre lo animado y lo inanimado propio de aquellas edades primitivas en las que lo animado comenzó a ser lo determinante y conforme a leyes propias [...] Ahora bien: en este sentido, Suramérica es regida, allí donde la vida se arrancó de la mineralidad, por aquel espíritu del tiempo, cuya expresión orgánica original es la sangre fría. Cuando, todavía en Europa, me absorbí en la contemplación de las primeras almas suramericanas, fui asaltado por visiones de serpientes: vi dorsos atigrados y aleopardados de enormes serpientes pitones iluminados a trozos por la luz que se filtraba a través de las copas de los árboles, emergiendo y manando en ondas serpentinas

de un turbio lago sin fondo. (pp. 25-27). La sexualidad frenética y reptil del suramericano entraña también una de las raíces de la profunda melancolía suramericana (p. 39)

También la mujer en América es reptil; pasiva y pérfida, sólo quiere seguridad y bienes.

Por otra parte, el sistema de estudio de la realidad es muy peculiar: el autor observa algunos hechos simples, y sin misterio como el "asado" argentino, que es una comilona campestre en un país cuyo alimento más barato siempre fue la carne y por eso la consume en abundancia (imitando en realidad las formas de asar, larga y lentamente, a la inglesa), y concluye: "Desde entonces me persigue la visión de la sangre corriente. Me parece ver brotar por doquier en la Pampa [...] rojas fuentes de cálida sangre". (p. 68).

Un ejemplo típico de su sistema de observación y de sus conclusiones es el siguiente:

Nada me parece tan instructivo a este respecto (lo nuevo y "mestizo" de las lenguas derivadas del conquistador) como la distinta significación que las mismas palabras tienen en español y en otras lenguas románicas (daré tan sólo las palabras españolas, ya que la mayoría de mis lectores conocerán seguramente las correspondientes modulaciones francesa e italiana). *Verificar*, equivalente en español a "realizar", significa en los otros idiomas románicos "comprobar la exactitud de algo"; *facilitar*, en español "entregar", equivale en las otras lenguas a "hacer fácil o posible una cosa", *manifestar*, en español "comunicar", es en ellas "mostrar" o declarar públicamente; *preciso*, en español "necesario", es en las mismas "exacto". Incluso *vis* y

viciium (fuerza y vicio) han sido confundidos por el español, pues de otro modo no llevaría una fortaleza española el nombre de Villaviciosa. (p. 100)

Victoria Ocampo se sintió muy molesta por las afirmaciones del Conde (aunque guardó silencio algunos años e incluyó en la revista *Sur* artículos de Keyserling) y en 1951 escribió un libro de refutación a sus ideas, en el que, además, ofrece su versión de los hechos seguramente más cercana a la realidad que las fantasías del báltico.²⁷

Cuando Keyserling tuvo su primer encuentro con Victoria, en Versalles, en 1929, antes de realizar su viaje a la Argentina, se produjeron los primeros graves altercados y malentendidos entre ambos. El Conde decidió pedir consejo profesional a Carl Jung, que había pronunciado conferencias en la Escuela de la Sabiduría unos años antes. Jung le contesta el 20 de diciembre de 1929, y le explica a su consultante que lo que ocurrió entre ellos fue un enfrentamiento entre el *ánima* (del hombre) y el *ánimus* (de la mujer).²⁸

Otro personaje que entró en su vida con gran fuerza, es Pierre Drieu la Rochelle²⁹ con quien mantuvo una relación amorosa en el mismo momento en que conocía y rechazaba los galanteos del Conde Keyserling.

También Drieu la utilizó como personaje de una novela. En *L'homme à cheval*, aparece bajo la forma de "Doña Camilla", en un relato de aventuras políticas que transcurren en Bolivia.

De todos modos, el choque con Keyserling, que había estado precedido por un largo enojo de 12 años (y luego una reconciliación duradera) con Or-

tega y Gasset, le produjo una fuerte crisis personal y la volvió más prudente en sus entusiasmos.

En realidad, tanto en Ortega como en Tagore y en Keyserling había encontrado un tema, un núcleo resistente contra el que se rebeló siempre: la concepción que los tres tenían de la mujer. Era una concepción semejante, aunque con matices distintos. El Conde había agregado algo así como la nota final más violenta; porque para Ortega y para Tagore la mujer era inspiración, musa, espiritualidad, pero para Keyserling el "espíritu" le estaba negado definitivamente. Esta crisis se inscribía en una historia de represiones y tabúes en alguien que desde muy temprano sintió el peso de su condición de inferioridad impuesto por la sociedad.

De todos los encuentros fundamentales de esa época, tal vez el más positivo fue el que Victoria Ocampo tuvo con Waldo Frank. Como a muchos otros escritores, también a él lo conoció por intermedio de Ortega y Gasset. En 1926, la editorial "Revista de Occidente" había publicado el libro *España Virgen*. También Waldo Frank fue invitado a pronunciar una serie de conferencias en Argentina. Personalmente era un hombre que contrastaba bastante con las figuras extravagantes o las "vedettes" que visitaban profusamente el país. Se dirigía al público como "hermanas y hermanos" y traía un mensaje optimista que se inscribía perfectamente en el ambiente argentino de la época. Como dice Doris Meyer:

Frank había sido invitado a América del Sur para compartir su visión mesiánica de una Nueva América unida por un espíritu de solidaridad hemisférica. Dos

"medios mundos", proclamaba, se convertirían en un todo orgánico y místico, coexistente en armonía, que combinaría las mejores cualidades del Norte materialista y del Sur espiritual³⁰ [...] Su gira tuvo un éxito inmenso. En Buenos Aires se ofrecieron banquetes en su honor, y verdaderas multitudes lo aclamaron en las calles.³¹

En virtud de esta fe en la Nueva América, fue el que más insistió, junto con Eduardo Mallea, en que Victoria Ocampo creara una revista que sería el puente entre las dos Américas y un foro para los pensadores del nuevo y viejo continente:

Yo le habría dicho a cualquiera que el resultado más importante de mi visita a la Argentina fue, con creces, la revista que Victoria Ocampo fundó, a mi juicio inspirada por mí.³²

Esta declaración parece excesiva, pero los testimonios de Victoria Ocampo la confirman. Ella declaró muchísimas veces su deuda con Waldo Frank, y el primer número de la revista *Sur* se inaugura con una "Carta a Waldo Frank", que es un agradecimiento por el impulso recibido y una ferviente declaración de americanismo.

También en esta relación hubo muchas alternativas y disidencias. Aunque Frank colaboró varias veces con la revista, ésta lo decepcionó ("La revista *Sur* publicó muchos buenos trabajos, pero se mantuvo al margen de lo que yo anhelaba y de lo que el hemisferio necesitaba", *Memorias*, p. 282). Por su lado, Victoria Ocampo reconoce que sus "caminos se bifurcan". Aun a pesar de esto, la amistad entre

ambos se prolongó hasta la muerte de Waldo Frank, en 1967.

Así, por su inteligencia, y también por su posición social y sus medios económicos, Victoria Ocampo pudo entrar en contacto directo con una gran cantidad de intelectuales y artistas cuya lista es deslumbrante: Paul Valéry, André Gide, André Malraux, Stravinsky, Roger Caillois y tantos otros además de los que traté en detalle.

Sólo me detendré en el caso de Roger Caillois. Invitado por Victoria Ocampo, que a su vez lo conoció asistiendo a las actividades del "College de Sociologie",³³ llegó a Buenos Aires con el fin de dar conferencias. La guerra lo sorprendió allí y permaneció en Argentina cinco años. Editó una revista en francés —*Lettres Francaises*—, financiada por la revista *Sur*, que llegó a ser uno de los órganos más importantes de los intelectuales franceses en el exilio en todo el mundo, así como para los resistentes que permanecieron en Francia.

Cuando por fin Roger Caillois volvió a Francia, se transformó en el más importante difusor y traductor de la literatura tanto argentina como latinoamericana. Hasta creó una colección especial en la editorial Gallimard: "La croix du Sud", la cruz del sur... en recuerdo de la constelación llamada así que se percibe claramente en el hemisferio sur de América.³⁴

Algo que importa señalar en el personaje de Victoria Ocampo es su temprana conciencia de la emancipación femenina. Ya en 1908, todavía soltera y dependiente de su familia, le escribe a Delfina Bunge (que un poco más tarde se convertiría en la esposa del escritor Manuel Gálvez³⁵ y, a su vez, escribiría poesía de inspiración católica):

Creemos que la sociedad tiene que cambiar. Tal como está, las injusticias son intolerables en muchos dominios. En el del casamiento y de la mujer en general (que es el que conocemos) la cosa no tiene nombre.

Todo el mundo acepta que el hombre continúe, después de casado, su vida de soltero ... o poco menos [...] Pues yo pienso que el casamiento ha de ser un pacto que comporta los mismos deberes, las mismas libertades para las dos personas. Si el hombre abandona a la mujer, es estúpido que la mujer se quede sentada en una silla, esperándolo [...] Mi abuela o bisabuela tenía, me contaba mi madre, una pulsera de oro en la que estaba escrito: "Encadenada y contenta". Yo le decía a mi madre: "Pero, ¿estaba loca?".³⁶

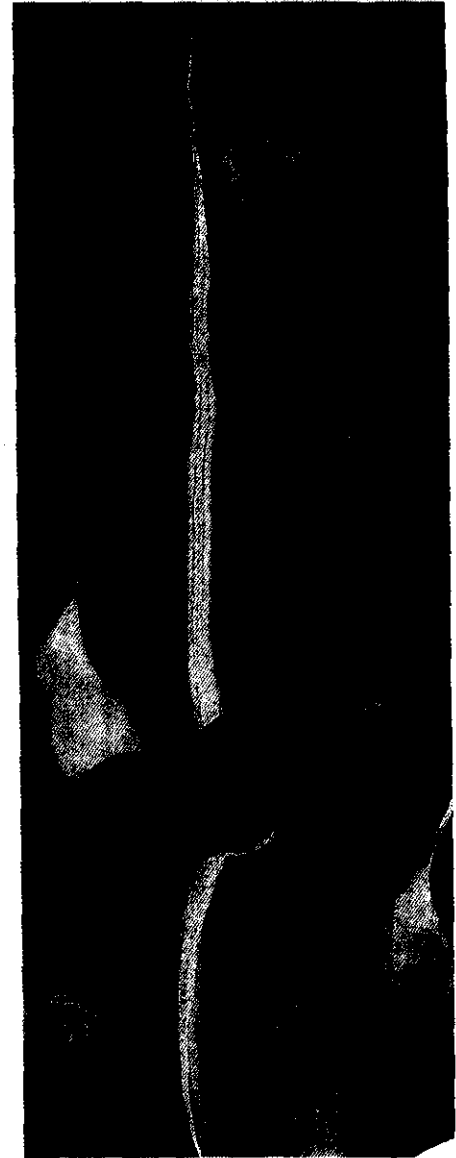
Durante toda su vida conservó esta preocupación por la condición de la mujer. A tal punto que, no obstante su desdén por la política, llega a fundar, en 1936, junto con las escritoras María Rosa Oliver y Susana Larguía, la *Unión de Mujeres Argentinas* (UMA), para oponerse a la reforma de la ley 11357, que intentaba establecer una "desigualdad artificial" entre mujeres y hombres. La presión ejercida sobre legisladores y público causó finalmente el fracaso del proyecto de reforma. La UMA continuó sus actividades en favor de los derechos de la mujer, intervino cada vez más políticamente y se convirtió en un grupo de extrema izquierda, identificado con el Partido Comunista. Pero ya por esos tiempos Victoria Ocampo se había retirado de la organización.³⁷

En este camino se encontró también con María de Maeztu (1882-1948), escritora, pedagoga, fundadora de un colegio para señoritas en Madrid. María de

Maeztu fue una de las escasas mujeres que llegó a la Universidad en España y se doctoró, a principios de siglo. Al conocerla en Buenos Aires, Victoria Ocampo se sintió impresionada por una de las primeras feministas del mundo hispánico que conocía directamente.³⁸

Pero el encuentro intelectual fundamental de su vida fue Virginia Woolf. En 1929 lee "Un cuarto propio", que unos años más tarde hará traducir por Jorge Luis Borges y publicará por entregas en la revista *Sur*.³⁹ También serán traducidos y publicados por la Editorial *Sur* una buena parte de los libros de Virginia Woolf en español. La escritora inglesa le provocará un entusiasmo durable, que la hará escribir artículos y cartas y, conducida por su amigo Aldous Huxley (amigo de ambas), la llevará a conocerla personalmente y visitarla varias veces en su casa de Londres. Uno de esos textos es un libro del que me gustaría sacar una última imagen de Victoria Ocampo para terminar aquí este recorrido de algunas de las facetas de esta mujer excepcional, que dirigió una de las empresas culturales más importantes de América Latina —la revista *Sur*—, recorrido que podría volverse inacabable:

Mi única ambición es llegar a escribir un día, más o menos bien, más o menos mal, pero como una mujer [...] Virginia también caía a plomo como una piedra o se posaba liviana y exacta como un pájaro sobre una rama, un delicioso y natural equilibrio. Es piedra en sus ensayos, pájaro en sus novelas poemáticas.⁴⁰



NOTAS

- 1 "Vida de la revista *Sur*. 35 años de una labor", *Sur* (Buenos Aires), nov. de 1966-abril de 1967, núm. (triple) 303-305, pp. 1-3.
- 2 Existen varias semblanzas de Victoria Ocampo, pero la que más se acerca a una biografía que no sea simplemente un homenaje incondicional o un recuerdo reticente es, tal vez, el libro de Doris Meyer: *Victoria Ocampo. Contra viento y marea*, tr. del inglés de Rolando Costa Picazo, Buenos Aires, Sudamericana, 1979. También está llena de interés la biografía reciente escrita en francés por Laura Ayerza de Castilho y Odile Felgine, *Victoria Ocampo*, preámbulo de Ernesto Sábato, París, Criterion, 1991. Sobre la revista *Sur*, se puede leer el estudio de John King, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*, tr. del inglés de Juan José Utrilla, México, FCE, 1989.
- 3 Victoria Ocampo, *Autobiografía I. El archipiélago*. Buenos Aires, Sur, 1979. Abreviaré *Aut. I*.
- 4 Victoria Ocampo, *Autobiografía II. El imperio insular*. Buenos Aires, Sur, 1980, pp. 22-23. Abreviaré *Aut. II*. *Victoria Ocampo no parece darse cuenta de que no sólo se trataba de una cuestión de higiene sino, probablemente, del miedo al contagio de alguna enfermedad venérea. Y tal vez del temor a un "contagio", más general y vago, de otras inexpressadas "suciedades". Así la madre parece realizar una labor de exorcismo sobre los aparatos del baño que se acompañan y son paralelos de una censura cuidadosa sobre las lecturas y las frecuentaciones de la hija.*
- 5 *Aut. I*, p. 90.
- 6 "Racine y Mademoiselle", *Testimonios II serie*, Buenos Aires, Sur, 1941, p. 182.
- 7 *Aut. II*, p. 17.
- 8 Marguerite Moreno (1871-1948), gran actriz francesa, integrante de la "Comédie Française". Además de los importantes papeles que interpretó en el teatro, fue una muy conocida estrella del cine francés y trabajó en numerosas películas, hasta su muerte en 1948. Fue la esposa del escritor Marcel Schwob (1871-1905), amigo de Mallarmé y descubridor de Alfred Jarry. Borges apreciaba especialmente las obras de Marcel Schwob. Tanto el escritor como la actriz son dos personajes fascinantes: ver Marguerite Moreno, *Souvenirs de ma vie*, prefacio de Colette, París, Editions de Flore, 1948.
- 9 *Aut. II*, p. 16.
- 10 *Aut. I*, p. 148.
- 11 *Aut. II*, p. 61.
- 12 *Aut. II*, p. 69.
- 13 Alba Omil establece su impresionante currículum: desde sus libros y artículos, hasta las distinciones y premios que recibió: desde Caballero y Oficial de la Legión de Honor y Comendadora del Imperio Británico, hasta ser la primera mujer que ingresó en la Academia Argentina de Letras. Ese currículum ocupa casi cinco páginas en el libro de Alba Omil, *Frente y perfil de Victoria Ocampo*, Buenos Aires, Sur, 1980, pp. 25-30.
- 14 "Pasado y presente de la mujer", *Testimonios VII serie*, Buenos Aires, Sur, 1967, p. 238.
- 15 Director de orquesta suizo, nació en Vevey en 1883 y murió en Ginebra en 1969. Dirigió la orquesta de los "Ballets russes" de Diaghilev. Fundó la orquesta de la "Suisse romande" (1918) al frente de la cual dirigió como estreno las obras más importantes de la música contemporánea y realizó numerosas grabaciones que todavía hoy se transmiten abundantemente por radio. También fue un teórico de la música y compositor.
- 16 La bibliografía sobre este tema puede ser muy extensa, por lo tanto, sólo citaré algunas referencias de las más tradicionales que critican el "europeísmo" de *Sur*: H. R. Lafleur, S. Provenzano, F. P. Alonso, *Las revistas literarias, 1893-1967*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas-Ministerio de Educación y Justicia, 1962; Arturo Jauretche, *Filo, contrafilo y punta*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1964; Bernardo Verbitsky, "Proposiciones para un mejor planteo de nuestra literatura", *Ficciones* (Buenos Aires), núm. 12, marzo-abril de 1958, pp. 3-20; J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, este último desde una posición de ataque muy violenta.

- ¹⁷ Ya en *Xamaica* (1923), Ricardo Güiraldes la retrató en el personaje de Clara Ordóñez. Un poco más tarde, Leopoldo Marechal se burló con perfidia y mala fe de ella presentándola con el nombre de "Titania" en su novela *Adán Buenosayres*, Buenos Aires, Sudamericana, 1948, pp. 515-519.
- ¹⁸ La historia de este encuentro, a la vez intelectual y sentimental (en este último sentido sobre todo para Ortega), está contada de manera encantadora y alusiva por la propia Victoria Ocampo en su *Autobiografía III. La rama de Salzburgo*, Buenos Aires, Sur, 1981, pp. 108-121. También hay varios aspectos interesantes sobre esta relación en la *Revista de Occidente*, núm. 37, junio de 1984.
- ¹⁹ "Algunas cartas de Ortega y Gasset", *Sur*, núm. 296, sep-oct. de 1965.
- ²⁰ "Carta a Waldo Frank", *Sur*, núm. 1, enero de 1931, p. 14.
- ²¹ Victoria Ocampo, *Tagore en las barrancas de San Isidro*, Buenos Aires, Sur, 1961, p. 34.
- ²² Citado por Krishna Kriplani, *Tagore. A bibliography*, Nueva York, Grove Press, 1962, p. 317.
- ²³ Ver Jawaharlal Nehru, *Antología*, selección y prefacio de Victoria Ocampo, Buenos Aires, Sur, 1966. En 1962, el gobierno argentino solicitó a Victoria Ocampo que aceptara el cargo de embajadora en la India (a lo que se rehusó). En 1968, cuando era Primera Ministra, Indira Gandhi visitó a Victoria en Villa Ocampo. En 1968 también, la Universidad de Visva Bharati le otorgó el título de "Doctor Honoris Causa".
- ²⁴ Hermann von Keyserling (1880-1946) fue un aristócrata, escritor y pensador alemán de origen báltico. Después de haber viajado alrededor del mundo (Ceylán, India, China, Japón, Estados Unidos), fundó en Darmstadt una "escuela de la Sabiduría" (1920). Conciliar la civilización occidental, demasiado intelectual, separada de las fuentes profundas de la vida y enteramente dedicada a la dominación material de la naturaleza, y los valores espirituales de la cultura de Oriente, que, por lo contrario, había permanecido demasiado pasiva e ineficaz, le parece el medio para alcanzar una humanidad integral.
- ²⁵ Victoria Ocampo relata varias veces su encuentro con el Conde Keyserling, describiendo la brutalidad, la gula desenfrenada del personaje y el malentendido que hizo que él se arrojará literalmente sobre ella con intenciones nada inocentes. Victoria pudo, difícilmente, convencerlo de que sólo esperaba un apasionado intercambio intelectual y espiritual con el Conde.
- ²⁶ Sacaré todas las citas de *Meditaciones suramericanas*, 1a. ed., versión del alemán de Luis López Ballesteros, Madrid, Espasa Calpe, 1933. De ahora en adelante indicaré sólo las páginas entre paréntesis.
- ²⁷ Victoria Ocampo, *El viajero y una de sus sombras (Keyserling en mis memorias)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951. El libro de Keyserling desató una indignación y una polémica en Argentina que todavía hoy se hacen sentir. Pero sobre todo provocó una catarata de acusaciones contra la revista *Sur*, y a pesar de que algunos autores del grupo intentaron críticas (Eduardo Mallea mismo habló de la "precariedad" interpretativa del filósofo), fueron identificados en lo sucesivo con el esencialismo simplista y el esquematismo del Conde.
- ²⁸ Carl Gustav Jung, *Letters*, vol. I (1906-1950), Princeton University Press, 1973, pp. 72-73. De la respuesta de Jung se deduce la versión presuntuosa y egocéntrica del Conde. Un poco más tarde se conocerán sus memorias, y en ellas un capítulo llamado "V.O." en el que Keyserling confiesa que no estaba enamorado de ella y que sólo quería "novelizarla" ("acostarse con ella" en el pudibundo lenguaje del Conde). Esto último es recordado por Doris Meyer, *op. cit.*, p. 142. Para él, la resistencia de Victoria Ocampo tenía una sola razón: personificaba la división medieval entre el espíritu y la carne.
- ²⁹ Escritor francés que nació en 1893 y murió en 1945. Durante las décadas de los años 20 y 30 escribió poemas, novelas, relatos y ensayos, y participó activamente de la vida cultural francesa y europea. En 1934 se adhirió a los movimientos de extrema derecha y fascistas. Cuando los nazis invadieron Francia colaboró con ellos; durante esa época dirigió una versión fascista de la vieja *Nouvelle Revue Française*. Se suicidó en 1945. Su última carta

- testamento fue destinada a Victoria Ocampo y a algunos pocos amigos.
- ³⁰ Waldo Frank, a diferencia de Keyserling, colocaba el "espíritu" en América del Sur. Esta espiritualidad estaba ligada, según él, sobre todo a las diferencias entre el catolicismo y el protestantismo norteamericano. Ver de él *América Hispana. Un retrato y una perspectiva*, tr. del inglés por León Felipe, Madrid, Espasa Calpe, 1932.
- ³¹ *Contra viento y marea*, p. 174.
- ³² Waldo Frank, *Memorias*, tr. del inglés de Eduardo Goli-gorsky, introducción de Lewis Mumford, Buenos Aires, Sur, 1975, p. 281.
- ³³ Del que formaban parte Roger Caillois, Pierre Klossowski, Michel Leiris, Jean Paulhan, François Wahl...
- ³⁴ Ver Sylvia Molloy, *La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XXe siècle*, Paris, PUF, 1972.
- ³⁵ Manuel Gálvez (1882-1962). En 1903 fundó la revista *Ideas*. Su obra narrativa, bajo la influencia de Galdós y Zola, se adscribe a la confluencia del naturalismo con el realismo y se inspira en episodios de la vida nacional, y dentro de ella sobresalen *La maestra normal* (1914), *Nacha Regules* (1919), *La pampa y su pasión* (1938), *Hombres en soledad* (1938), *Escenas de la época de Rosas* (5 vols. 1954), *Uno y la multitud* (1955) y *Tránsito Guzmán* (1957) que relata el final de la época peronista. Y ésta no es una lista completa de su extensa obra, de la que, además, se puede decir que no ha resistido muy bien al tiempo, estéticamente hablando. Por otra parte, siempre adhirió a la derecha política y al catolicismo.
- ³⁶ *Aut. II*, pp. 112-113.
- ³⁷ Ver Laura Ayerza de Castilho y Odile Felgine, "Victoria Ocampo, presidente de l'Union des femmes argentines", *op. cit.*, pp. 171-173.
- ³⁸ Ver Victoria Ocampo, "María de Maeztu", *Sur*, núm. 33, junio de 1937, pp. 102-103; también de V. Ocampo y sobre la española, *Sur*, núm. 160, febrero de 1948, pp. 58-62.
- ³⁹ Virginia Woolf, "Un cuarto propio", *Sur*, núm. 15, dic. de 1935, pp. 7-29, núm. 16, enero de 1936, pp. 26-58, núm. 17, feb. de 1936, pp. 41-61; núm. 18, mar. de 1936, pp. 46-81.
- ⁴⁰ *Virginia Woolf en su diario*, Buenos Aires, Sur, 1954, p. 104.